

EDITORIAL

La teoría y práctica del desarrollo de entre siglos, en las últimas tres décadas y media, ha estado domeñada por la pesada contrarrevolución neoliberal. La expansión del capital corporativo euroestadounidense cristalizó una forma de pensamiento señero basada en los preceptos de la economía neoclásica, el individualismo metodológico, los programas de ajuste estructural, la ideología del libre mercado y la globalización. La fórmula retórica de “libre mercado más democracia electoral” se ha impuesto de manera persuasiva o violenta como el camino más expedito al crecimiento económico y, en última instancia, al pretendido desarrollo. Bajo esa consigna se arguye, una y otra vez, que no hay alternativa posible.

El modelo de desarrollo neoliberal reedita la idea dieciochesca de que el mercado es el agente más eficiente para asignar los factores de la producción y estimular el sentido egoísta de los individuos que, al perseguir su propio beneficio, generan crecimiento y prosperidad. Este modelo está basado en la privatización a ultranza de activos, infraestructura, recursos naturales, conocimiento, además de una explotación extenuante de la fuerza de trabajo y el medio ambiente, con el propósito de generar fabulosas ganancias para las grandes corporaciones. Sin lugar a dudas, ha sido un proyecto sobradamente exitoso para generar inconmensurables fortunas entre una delgada élite de la burguesía transnacional y nacional; centralizar el capital en beneficio de las grandes corpora-

ciones cuya base está situada en los países centrales pero con tentáculos operativos e intereses emplazados a escala global; articular una red de poder transnacional bajo las directrices políticas, diplomáticas y militares de los gobiernos centrales; controlar el proceso de generación y aplicación del conocimiento científico-tecnológico y la formación del llamado capital humano bajo los requerimientos corporativos, y generar las condiciones para que el capital, primordialmente la gran corporación, asuma bajo distintos mecanismos visibles y encubiertos el control de sectores clave del desarrollo capitalista: Estado, dinero, mercado, trabajo, naturaleza y conocimiento.

Sin embargo, la eclosión de la crisis sistémica del capitalismo mundial y el quebranto de las relaciones sociales imprimen un quebranto civilizatorio que pone en entredicho la preeminencia de la visión dominante sobre el desarrollo. La multiplicidad de evidencias sobre el resquebrajamiento del modelo y la proliferación de inconformidad social, suscita la emergencia de una sucesión de teorías, conceptos y metáforas de diverso signo. El debate incluye desde formulaciones conservadoras empeñadas en rehabilitar el orden capitalista global, pasa por proposiciones de un desarrollo alternativo y va más allá cuando se reflexiona sobre la alternativa al desarrollo mismo. Algunas parecieran revestir un ropaje impugnador, pero en el fondo terminan por complementar, reforzar o legitimar los propósitos centrales del proyecto del capital global. Otras formulaciones se inscriben en la trayectoria de un pensamiento crítico que busca impulsar procesos de transformación social que emancipe y libere a los pueblos anclados en las redes del capital expoliador.

El sistema ha resentido el cuestionamiento de los movimientos sociales emergentes en los países subdesarrollados, particularmente en el sector campesino e indígena, y en movilizaciones urbanas encabezadas por jóvenes, además el ascenso de algunos gobiernos latinoamericanos de izquierda, pese a sus ambigüedades, presagian otros derroteros políticos.

La configuración político-institucional del capitalismo, la llamada globalización neoliberal, está seriamente cuestionada. No obstante, los

detentadores del poder están coaligados con las grandes corporaciones y tienen de su lado la arquitectura institucional, militar y comunicacional, por lo que ensayan estrategias de rescate en beneficio de los grandes capitales en apuros, sin importar los costos sociales, como desempleo, pobreza, hambre, violencia y muerte.

En el debate político resurgen planteamientos que abogan por la restitución del papel del Estado como agente regulador del desarrollo capitalista, en una pauta que pretende rescatar y reformar al sistema, ya sea desde una tenue reforma de “neoliberalismo regulado” hasta la reposición de un Estado benefactor o, al menos, una proyección socialdemócrata.

Dada la profundidad de la crisis en términos estructurales, sistémicos y civilizatorios, y ante las múltiples evidencias de insustentabilidad que ofrece el capitalismo neoliberal, resulta impostergable pensar en alternativas de desarrollo de gran calado, cuyo propósito no se empantane en el rescate del capital, ni mucho menos en la estrategia depredadora de despojo, explotación, extractivismo, financiarización, militarización y alienación, sino que eleve sus miras para generar mejoras socioeconómicas y cambios estructurales, institucionales y políticos para el bien común y la vida digna.

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

